

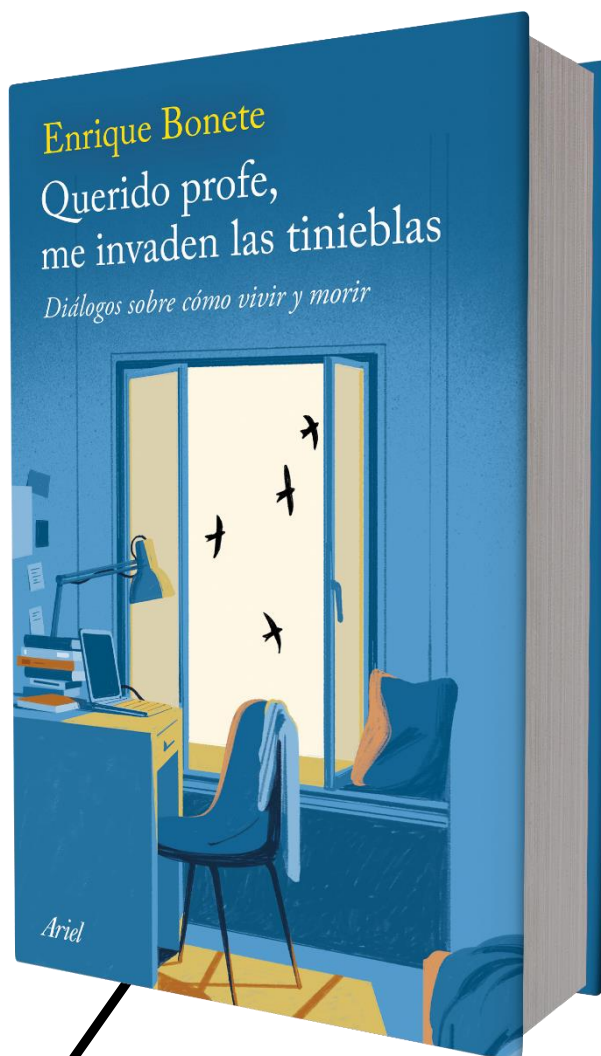
Ariel

QUERIDO PROFE, ME INVADEN LAS TINIEBLAS

Enrique Bonete

**Diálogos sobre
cómo vivir
y morir**

**19 DE NOVIEMBRE
A LA VENTA**



AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Erica Aspas | RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
689 77 19 80 | easpas@planeta.es

SINOPSIS

Un testimonio epistolar basado en una historia real que consuela y nos recuerda que filosofar, a veces, es otra forma de amar

Nuria tiene toda la vida por delante. Al cumplir treinta y tres años recibe un terrible diagnóstico: cáncer de colon. Desorientada y en busca de sentido, decide escribir a su antiguo profesor de Ética. Lo que comienza como una carta de desahogo, tímida y dolorosa, se convierte en un relato estremecedor —real y al mismo tiempo literario— sobre la vida, el sufrimiento y la muerte.

Enrique Bonete, catedrático de la Universidad de Salamanca, acompaña a su alumna Nuria en un recorrido filosófico y humano. Como mentor, la guía del desconcierto al sosiego, de la angustia al asombro, en una travesía que, pese a todo, resulta luminosa gracias a las voces de Platón, Séneca, Montaigne, Descartes, Spinoza, Schopenhauer y Unamuno.

¿Ha sido Nuria devorada por la Nada o se ha reunido con Dios? Nadie lo sabe. Pero sus palabras quedan, y en ellas se ejercita el verdadero filosofar: aprender a morir.

«Disculpe mi pesimismo, profesor: a veces ahoga. Especialmente durante las noches, cuando me siento sola, desprotegida, rodeada de un silencio inquietante. Pero también por el día. En realidad, se podría decir que la oscuridad mental es algo así como mi estado más duradero, una constante compañera. Profe, me invaden las tinieblas... Y tengo miedo... Por eso busco la luz y la fortaleza moral de los sabios que usted tanto estudia. Sin sus correos, profesor, estaría perdida, muy deprimida, tristísima, sin iluminación respecto de lo que está pasando.»

EL AUTOR



© Jesús Formigo

Enrique Bonete Perales (Valencia, 1959) es catedrático de Filosofía Moral en la Universidad de Salamanca. Amplió estudios en Estrasburgo, Berlín y Oxford. Ha publicado numerosos trabajos en revistas especializadas de Ética y de Filosofía Política y coordinado varias obras colectivas. En 2018 recibió el *Premio María de Maeztu* a la “excelencia científica”, que otorga el Rectorado de la Universidad de Salamanca. Entre sus libros recientes destacan: *Ética de la Dependencia* (2009), *Neuroética* (2010), *Poder político: límites y corrupción* (2014), *Tras la felicidad moral* (2015), *Filósofos ante Cristo* (2016), *La maldad* (2017), *El morir de los sabios* (2019), *Con una mujer cuando llega el fin* (2021), *El abrazo velado* (2022) y *Ética de la guerra* (2024).

NOTA INTRODUCTORIA

Este pequeño libro es el resultado de una selección de correos electrónicos que intercambié con una antigua alumna de Ética, asignatura que he explicado durante décadas en la Universidad de Salamanca. Fueron muy variadas las cuestiones sobre las que nos escribimos emails durante dos intensos años. Me limito sólo a difundir los que versaron sobre el sentido de la vida y de la muerte, contenido destacado de aquellas casi doscientas misivas (extensas y breves) que nos fuimos remitiendo hasta poco antes de su fallecimiento.

Ella recibía con entusiasmo sorprendente los correos que le enviaba. Los devoraba y repensaba con pasión inusitada, a pesar del malestar que padecía a causa de la enfermedad. El estilo espontáneo en que fueron escritos ha sido retocado para la publicación, algunos emails los he fusionado y he añadido unas pocas notas bibliográficas.

Por respeto a la intimidad de la joven, he modificado su nombre y lugar de procedencia, y han desaparecido la mayoría de las referencias a su vida familiar (también a la mía). No desvelo tampoco detalles del declive físico que le ocasionó la dolencia y que conmigo compartía a modo de desahogo psicológico.

Son dos los principales objetivos que inspiran la edición de estas páginas: por un lado, el bien moral que puede generar en quienes lean las inquietudes existenciales de una persona tan lúcida y sensible, que supo mantener hasta el final una entereza loable; y, por otro, dar a conocer en un lenguaje asequible algunas sensatas reflexiones éticas de filósofos que puedan contribuir a fortalecer nuestra actitud ante la fatalidad. Con ella fui compartiendo regularmente el esbozo de algunos materiales que más tarde, ampliados, formarían parte de mi libro *El morir de los sabios*. Una mirada ética sobre la muerte (Tecnos, Madrid, 2019).

El título de este librito, *Querido profe*, me invaden las tinieblas, se deriva de una expresión de la joven que sintetiza con precisión, a mi juicio, el sufrimiento que la envolvía en momentos de temor y desconsuelo ante el futuro sombrío que le presentaba la letal enfermedad.

Salamanca, mayo de 2025

ALGUNOS EXTRACTOS

Cuando la muerte llama

«Estoy empezando a buscar la serenidad necesaria para no caer en la desesperación.

Acabo de cumplir treinta y tres años. Jamás había pensado antes en la muerte. Sólo mientras estuve asistiendo a su curso me planteé algún que otro rato tal posibilidad, aunque lejana. Con mucha atención y no poco desasosiego aquella treintena de alumnos/as, la mayoría chicas, escuchábamos reflexiones en torno a la fragilidad, la dependencia, el proceso de morir, **las posiciones éticas ante el final de la vida**, etcétera.»

«No he podido resistir el impulso de escribir tras encontrar la dirección de su correo electrónico en la primera página de los apuntes. Necesitaba que supiera lo mal que me encuentro meses después de que diagnosticaran el cáncer. **Soy ahora lo que usted denominaba *muriente* (sujeto consciente del personal proceso de morir y capaz, por ello, de tomar decisiones morales); algo distinto al *moribundo*, según dicen sus papeles.**»

«Resulta conmovedor que hayas acudido a mí, a tu profesor, que recuerdes mis escritos, e incluso que hayas conservado tanto tiempo los apuntes impresos y las fotocopias de las clases. Soy consciente de que **aquello que para mí ha sido una constante preocupación filosófica tú lo estás sufriendo ahora como algo real a lo que has de hacer frente con los recursos intelectuales, morales y espirituales de que dispongas en tu interior.**»

«Pero tras darle vueltas y vueltas al asunto varios días, me parece que soy algo estúpida, miedosa, irreflexiva... Porque, como usted bien decía en clase, **citando a Montaigne, creo, la reflexión acerca de la muerte no tiene por qué generar miedo o angustia.** Más bien todo lo contrario: aprovechamiento del tiempo, goce de lo cotidiano, disfrute máximo de la vida, de las personas queridas, de los amigos, de las actividades que agradan. Y es verdad. Podría decir que he sido durante años una insensata. Me he amargado yo sola por pequeñeces. Ahora todo lo veo de modo distinto. **La experiencia de padecer una grave enfermedad y tener delante la perspectiva de una posible muerte más o menos cercana ayuda a percibir lo esencial**, a sacar el máximo jugo del tiempo de que dispongo para realizar proyectos, si no a largo plazo, sí diarios, semanales o mensuales. Cuesta programar más allá de un año, ¡qué digo!, más allá de un trimestre, o un mes.»

«Seguramente, también encontrarás en los apuntes (así solía empezar las clases) que Schopenhauer, en el siglo XIX, escribió: **«La muerte es el auténtico genio inspirador de la filosofía y por eso ésta fue definida por Sócrates como “preparación para la muerte”. Difícilmente se filosofaría sin la muerte.**» Las páginas que dedica este filósofo a tal problemática son excelentes, lúcidas, llenas de sensatez, bellamente escritas; algún día las resumiré. Pero Platón dice algo más que el pensador alemán no cita. Así es la sentencia del griego: **«Los que de verdad filosofan se ejercitan en el morir, y el estar muertos es para estos individuos mínimamente temible».** El ateniense desea eliminar el temor a desaparecer, que acobarda a toda persona, pero no al auténtico filósofo. Es más, llega a afirmar un poco después que **la actitud ante la muerte delata quién es un verdadero amante del cuerpo**, un esclavo, y quién un ser humano libre.»

«Has de saber que la muerte no es sólo para Schopenhauer (también para nuestro Unamuno) la musa del pensar, de la filosofía. Se podría afirmar que, **desde los griegos y romanos, pasando por los medievales y renacentistas, hasta llegar a los modernos y a los autores más recientes, sobre todo los existencialistas, ha constituido una inquietud constante en el desarrollo del pensamiento occidental.**»

«Nuria, ni que decir tiene que en cualquier momento puedes dejar de escribir. Sin embargo, creo que la **experiencia de juntar palabras, frases y párrafos con el propósito de sacar fuera pensamientos y sentimientos que resultan agobiantes**, así como preocupaciones y angustias que moran en tu interior, contribuirá a adquirir aquella tranquilidad de ánimo por la que abogaban los estoicos romanos y renacentistas cuando la adversidad y la enfermedad se presentan (Séneca y Montaigne, por ejemplo).»

En compañía de sabios

«Considera Descartes que **nuestra mente es capaz de extraer algo provechoso de todo lo negativo que acontezca en la vida**, como puede ser tu caso, Nuria. Por ejemplo: el desarrollo de la personalidad, la adquisición de nuevas virtudes, el fortalecimiento del temple... Seguramente, poco te convencerá tal perspectiva. No obstante, por experiencia sé que es posible serenar la vida, las relaciones interpersonales, el propio carácter, tras una grave crisis de salud (o de otro tipo) que amenaza con hundirnos en el fango. La adversidad, el fracaso, los dolores y sufrimientos pueden acabar con cualquier esperanza; no obstante, cuando uno los mira de frente, con todo el valor de que es capaz, **aquellos tan horrible posee fuerza fecundadora de bien, de virtud, de luz para orientar hacia una nueva dirección vital**. Con el paso del tiempo no puede menos que llenarnos de grata sorpresa lo aprendido tras los padecimientos más graves.»

«La siguiente frase de **Descartes** sintetiza, a mi juicio, su concepción de la filosofía moral, la dimensión práctica del pensar, similar a la de sabios estoicos y epicúreos, que puede ayudar a enfrentarnos con sensatez a lo que en ocasiones nos aflige: «La auténtica filosofía enseña que **podemos sentir continuo contento, incluso rodeados de los más desdichados accidentes y los más acuciantes dolores, siempre y cuando sepamos usar la razón**».»

«En fin, con Descartes deseo darte ánimo, **señalar un camino transitable para que alcances un mejor conocimiento de ti misma**, sin lo cual (ya lo decía Sócrates) no merece la pena vivir. Aquel célebre «Conócete a ti mismo» del padre de la ética difícilmente se alcanza sin experimentar algún tipo de sufrimiento.»

«Ayer pensé por momentos, sumergida en baladas de rock a oscuras en el salón, que **en vez de tener tanto miedo a la muerte podría entrar en ella de una vez, suicidarme plácidamente**. Como los estoicos, como aquel sabio Séneca del que usted hablaba en las clases (el educador del loco Nerón), que murió cortándose las venas, según contó el profesor de Historia Antigua. No me atrevo. Creo que sería poco razonable acabar así la vida, **sin afán de superación ni esperanza de recuperación**. Aún no está todo perdido, según indican los oncólogos. A veces cuesta creerlo.»

«Nuria, así hemos de estar tú y yo en este mundo, todos: preparados para dejar de ser. He aquí, según el estoico hispanorromano, la actitud más equilibrada y lúcida: **estar dispuesto siempre para morir. Así se alcanza la cumbre de la sabiduría y, por ello, de la perfección moral.** Todos hemos de desaparecer, no sabemos cuándo. Por eso, vivir en plenitud coincide con prepararse realmente para morir en cualquier circunstancia. La persona sabia ha de meditar en la muerte, sea cual sea el contexto en que se halle (salud o enfermedad, alegría o pena); en definitiva, debe familiarizarse con su permanente cercanía. Así aprende a prepararse para cuando llegue. **Quien nunca piensa en ella no sabrá qué actitud adoptar en el momento clave.**»

«Pero, **¿existen hoy personas como Séneca? Tengo dudas.** No sé hasta qué punto la mayoría de la gente que nos rodea puede seguir sus consejos. Son **difíciles de aplicar cotidianamente.** Parece que vivimos sin meditar en la muerte. Al menos yo (y todos los que conozco). Como le dije, no había pensado en ella hasta su curso de Ética.»

«Creo que **los estudiantes deberíamos recibir durante la carrera algunos consejos de los sabios filósofos que han pensado con cierto esmero sobre el mejor modo de enfrentarse a la vida.** Se nos enseña a superar los exámenes, a preparar oposiciones, pero nadie explica nunca **qué actitudes conviene tomar ante las adversidades y frustraciones, ante los males que puedan caer sobre nuestras cabezas. ¿No le parece?**»

«Nadie es capaz de evadirse de esta ley impuesta por la Naturaleza. Es por tanto justa: ricos y pobres, hombres y mujeres, sabios y necios, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, todos hemos de morir. **La cuestión está, y ello es fundamental, no lo olvides, Nuria, en cómo nos situamos cada uno ante el final:** si al modo de esclavos arrastrados por el destino o como hombres y mujeres libres que al verlo venir nos despojamos de lo que nos ata a este mundo. **Es más bien de necios solicitar continuamente un aplazamiento de la muerte, asevera Séneca.** Es como si, en una fila de condenados a la decapitación, el que está entre los primeros pidiera desesperadamente ser el último en ofrecer el cuello al verdugo. Ésta es la actitud dominante entre los hombres cobardes: suplican siempre morir un poco más tarde.»

«La precariedad de la vida, la debilidad del cuerpo, la duda respecto al sufrimiento que nos aguarda son causas de los más profundos temores y angustias. Carcomen el alma de quien vive tan proyectado hacia el futuro que su presente se convierte en vacío, se le escapa entre las manos. Que no te pase esto, Nuria. **La actitud más sabia consiste, según el estoico, en intensificar y enriquecer con nuestras posibilidades morales y espirituales el presente otorgado como don.** A la luz de lo apuntado, recomienda Séneca vivir plenamente el hoy con estas palabras acertadas: «¡Qué grande es la locura de quienes abrigan esperanzas para lejanos futuros! Compraré, construiré, prestaré capitales y sacaré réditos, conseguiré cargos y luego por fin, cansado y bien anciano, viviré en la holganza. Todas las cosas, incluso para los afortunados, créeme, son inseguras; **nadie debe prometerse nada para el porvenir.**»»

«Según el sabio romano [Séneca], **no es la muerte lo más terrible de todo, sino el pánico y la angustia que ante ella podemos experimentar:** «Considerarás el peor de los males la muerte, cuando en ella no hay nada malo salvo algo que se da antes de que ocurra: el temerla.»»

«Séneca insiste en que la muerte de cada cual no es causada por las enfermedades, sino por la propia naturaleza humana. **No es resultado de perder la salud, sino de que vivimos.** Es evidente que muchos son los que fallecen sin ningún tipo de mal corporal. Y cuando volvemos a recuperar el bienestar tras un largo periodo de convalecencia, resulta patente que no hemos escapado de la muerte.»

«¿En qué quedamos, profesor? **¿He de meditar en la muerte o en la vida?** Según Séneca, en la muerte; siguiendo a Spinoza, en la vida. No sé si es lo mismo. [...] ¿No es mejor, por tanto, vivir sin pensar que esto va a consumir mi cuerpo? Quizá lo que quiere evitar Spinoza es que **de tanto pensar en la muerte acabe una miedica como yo asustándose demasiado.**»

«Es posible que supere esta enfermedad, que se convierta en algo crónico y que luego ría y ría a gusto al releer estas páginas. Pero necesito que alguien pueda comprender ahora mis sufrimientos, que me ayude a no sentirme sola... **A eso sí tengo miedo: a la soledad,** no tener a nadie cerca que me apriete la mano, que abrace mi cuerpo poco antes de dejar de ser (si llegara dicha situación tan tremenda) [...].»

«**Para Spinoza, seguir la razón produce alegría,** impulsa a realizar buenas acciones, centrarnos en ellas (la vida es un bien, quizá el más excelso de todos), alejarnos de la tristeza y del mal (una de cuyas dimensiones puede ser la muerte, que la mayoría considera el mal supremo). Ser libre, ser racional, lleva consigo meditar en la vida (que es un bien), **disfrutarla cuanto se pueda, sin miedo a morir** (el temor infundado convierte la muerte en un mal, sin serlo en realidad). La intención del filósofo, a mi juicio, es principalmente moral: **aquel que teme morir no es sabio, no es racional, no es libre, no sabe vivir.** Está sometido a esclavitudes, impulsado a realizar actos que, en realidad, no quiere llevar a cabo.»

«A mi modo de ver, **no son incompatibles Séneca y Spinoza.** Si bien el primero dedicó grandes esfuerzos a meditar en la muerte, y el segundo se centró en la vida, en realidad ambas actitudes son complementarias. **Buscan superar el miedo irracional a dejar de ser.**»

«Por cierto, **¿qué es eso de seguir la razón?** ¿De qué está hablando este filósofo? Porque la mía dice a días: «Nuria, esto se acaba... Qué mala pata has tenido... Otros viven ochenta años, y a ti te queda poco... Ya no podrás ser más tiempo profesora. Ya no te casarás ni tendrás un hijo en tus brazos... Dejarás de ser tú misma. Tu mundo desaparecerá para siempre, para todos. **¿Qué pasará? ¿Sufrirás al final?** ¿Tendrás dolores? ¿Sentirás algo cuando se te pare el corazón, cuando se apague el cerebro? ¿Qué será estar muerta? ¡Qué angustia!». Sin embargo, **otras veces vuelvo a escuchar a la razón con cierta serenidad** cuando susurra: «Nuria, tranquila. Tranquila. No te preocupes. No pasa nada. No tengas miedo. Esto acabará algún día. No sabes cuándo. No sufras por el futuro. Has vivido lo suficiente... Quizá te cures definitivamente... Y si mueres, no te darás cuenta de nada... No echarás de menos a nadie... Y si sales de esta maldita enfermedad, Nuria, tendrás que vivir de otro modo. Has recibido una lección que jamás olvidarás. Ya nada será igual... [...].»

«En realidad, se podría decir que **la oscuridad mental es algo así como mi estado más duradero,** una constante compañera. Profe, me invaden las tinieblas... Y tengo miedo... **Por eso busco la luz y la fortaleza moral de los sabios que usted tanto estudia.**

También comprendo que **no he sabido vivir**. Seguramente tiene razón Montaigne: si hubiera empezado hace años a despegarme de las personas y los objetos valiosos, si hubiera aprendido antes a vivir sin ataduras, quizá en estos momentos, cuando he de abandonar (si el cáncer acaba conmigo) aquello que más quiero, lo vería todo distinto. En fin, aún es tiempo de aprender, ¿no cree?»

«Montaigne reitera en diversas ocasiones una tesis estoica, de Séneca: **lo fundamental de nuestra existencia no es cuánto tiempo vivimos, sino cómo**, de qué forma hemos gastado los años concedidos a modo de regalo no merecido. Lo valioso de la vida no es la mera duración, el paso del tiempo.»

«Según **Schopenhauer**, cada uno percibe su propia vida como una especie de regalo, procedente de la nada, que la muerte, muy a pesar nuestro, nos arrebatará algún día para devolvernos a esa misma nada. Éste es el punto de partida del filósofo. Poco esperanzador parece. Mas no por ello manifiesta motivos para temer esa total pérdida de la consciencia: **hemos de entrar en la muerte como si nos fuéramos a dormir, sin miedo alguno ni percepción tenebrosa de su cercanía**. La consciencia individual cada día es interrumpida por el dulce sueño, lo que no ocasiona ninguna angustia. La experiencia de dormir ofrece una imagen muy aproximada, se supone, de qué acontece al sujeto que entra en la muerte. (A ello se refería también Montaigne, ¿recuerdas?) Por esta razón, morir acaba siendo una experiencia consoladora, sobre todo para cualquier persona que no se deje arrastrar por el miedo irracional a dormir sin despertar.»

«He leído en alguna ocasión que mientras dormimos o estamos inconscientes por un fuerte golpe, e incluso si nos encontramos en estado vegetativo, **el cerebro sigue realizando algún tipo de actividad**. Sin embargo, una vez muertos, y tras menos de una hora en tal estado (al contrario de lo que sucede a quien duerme profundamente), el cerebro no sólo deja de funcionar, sino que empieza a descomponerse. **La cosa es muy distinta**. ¿No cree, profe?»

«Cualquiera que lo piense un poco comprende que **la vida humana es siempre la presente, no la del futuro ni la pasada; estos procesos temporales sólo existen como conceptos en nuestra representación mental, pero no en la realidad**. Nadie puede vivir en el pasado ni en el futuro. Aquél ya no es; éste aún no ha llegado. Estamos inevitablemente en el hoy y el ahora. Según Schopenhauer (recuerda, Nuria, que eso mismo mantenía Séneca), la única forma de vida posible es la presente, la única segura, que nunca se nos puede arrebatarse.»

«Aunque lo mejor en estos momentos es escribir y leer sus correos, reconozco que constatar ahora mismo cómo mi cuerpo pierde vigor y belleza, ser plenamente consciente de que tengo una grave enfermedad pegada a él como una lapa, no es plato de buen gusto, en absoluto. **Se podrá aceptar que hay que vivir el presente, pero eso sirve sobre todo cuando se tiene salud y lo cotidiano es gozoso**. En efecto, hay que aprender a vivir en el hoy, como han dicho tantos filósofos. También lo dice el cristianismo, si no me equivoco (al menos eso repite mi tío cura, franciscano, que vive en Estados Unidos). Pero si mi hoy, el presente concreto, el tiempo de cada día, casi siempre me aplasta, me hunde, **¿cómo puedo vivir así?**»

«Voy a contar algo realmente importante que he aprendido con la enfermedad: **hay personas que me quieren**. Mi madre ha demostrado todo este tiempo mucha entereza y entrega. Estoy anonadada. Ahora soy consciente del gran amor que siente por mí. También de lo ingrata y borde que en ocasiones he sido con ella. Incluso veo a mi padre cada vez más cariñoso. Habla mucho conmigo. Me ha contado cosas de su vida de las que yo no sabía nada.»

«Pensé después que mi padre estaba diciendo, de un modo indirecto, que le pidiese ayuda a Dios (él había sido muy creyente antes de salir del seminario). No se atreve a expresarlo con claridad, por ser coherente con su ateísmo actual, postura que ha mantenido durante décadas. **Ojalá ese Dios, supuestamente bondadoso, existiera de verdad, me diera una segunda oportunidad**, me acercase a una roca para que pudiera mantenerme a flote, para superar el ahogo persistente que siento. Ya ve, esta agnóstica (eso creo que soy) se ha ido poniendo religiosa...»

«Pero ¿por qué luchamos sin descanso para vivir sabiendo de antemano que vamos a perder? ¿Acaso es porque amamos de verdad lo que la vida aporta cotidianamente? Según el filósofo no es éste el principal motivo. Se encuentra más bien en el miedo que tenemos a morir. **Más que amar vivir, lo que impela a no abandonar este barco es el miedo al agua, a dejar de ser.**»

El umbral de lo indecible

«Por ello escribe Unamuno, contra Schopenhauer, a quien tanto había estudiado (e incluso tradujo del alemán uno de sus escritos), algo esencial, que sintetiza su concepción antropológica: «Es inútil darle vueltas, si creemos que volvemos a la nada y que los demás hombres también vuelven a ella, **ese pelear por la redención de los demás es una triste tarea, es una obra de muerte...** Y si se pudren las culturas y llegan las decadencias, cada día se hace más evidente la vanidad de vanidades».

«Ya ve, estoy hecha un lío, profe: ¿qué es eso de *Nada*? Y, por otra parte, ¿qué es eso de Dios? **Quizá ambas ideas surgen de la psique humana para encontrar — de manera muy distinta, sin duda— algo de consuelo al abandonar este mundo.** Me pregunto qué es más reconfortante: ¿que desaparezca la humanidad entera en un vacío infinito sin consciencia de nada o que exista un Dios que concede otra vida mejor a quienes hayan sido buenos?»

«Has señalado bien uno de los problemas filosóficos más serios, que ya Leibniz, un gran sabio del siglo XVII, alemán también, formuló con otros términos: «¿Por qué existe el ser y no más bien nada?». Para él, lo más sencillo sería que no hubiera nada en el mundo. Por tanto, si hay algo — el cosmos—, **si existe el ser, sujetos autoconscientes y libres (como tú y yo), ello implica que ha de haber alguna razón suficiente que justifique la existencia de realidades tan complejas.** No pueden resultar del puro azar.»

«Sigo teniendo en la mente muchos interrogantes: ¿no puede ser el catolicismo, en el que me educaron de niña, una **ficción construida por hombres temerosos** del más allá? ¿Se inventaron hace dos milenios los primeros cristianos eso tan raro de la resurrección de Jesús y de la nuestra, o guarda relación con algo real, que sucedió y que sucederá de

verdad? ¡¡Madre mía, qué dudas tengo!! No creo en nada... ¿O sí creo? Mejor dicho, ¿no será que, como pensaba Unamuno, **los humanos necesitamos que haya Dios para que tenga algo de sentido lo que sufrimos en este mundo**, para no ser devorados definitivamente por esa Nada de la que habla y habla Schopenhauer?»

«He de confesarle que ando estos días inquieta, con desasosiego, si soy sincera. Cada vez estoy más y más frágil. Siento ser hoy tan pesimista. Me veo muy delgada. **No puedo engañarme por más tiempo, ni mantener falsas expectativas. La realidad se impone.** En ocasiones experimento una profunda tristeza, indescriptible, como nunca la había sentido antes. Profe, desde hace semanas no he querido contarle detalles de lo mal que está evolucionando *la cosa* para que no se preocupe más por mí, por no desanimarle a escribir sus correos, por continuar nuestra relación epistolar como si nada grave estuviera pasando. **Necesito sus textos, mantener algo de ilusión, nutrir un poco la mente para que no se apague ni decaiga.**»

«Gracias a esta enfermedad soy capaz de valorar de un modo absolutamente nuevo mi corta vida. Y he aprendido algo imposible hasta hace poco: **a mirar el morir sin temor.** Incluso empiezo a contemplar la muerte como una especie de paso a otra dimensión más maravillosa todavía, de la que nada conocemos. **No sé si es mera sugestión o falsa esperanza.** Sin embargo, me voy convenciendo de que no es del todo absurdo pensar que tras morir sea posible que Dios (en caso de que exista) nos conceda otro tipo de vida inimaginable. **No cabe duda de que la cercanía de la muerte es inquietante. Todo lo zarandeo: tanto el mundo exterior como el más íntimo.** La vida entera adquiere nueva perspectiva a su trasluz. Sí, es verdad, profe, hay que reconocerlo: la muerte inquieta, inquieta demasiado cuando anda rondando cerca... Pero, sinceramente, ya no me asusta como antes.»

«No quisiera marearte de nuevo. **Han pasado ya más de quince días sin saber nada de ti.** ¿Podrías enviarme, por favor, un breve mensaje? Te lo suplico. Sería estupendo recibir alguna noticia tuya. No me dejes en la incertidumbre. Te repito el número de mi móvil para animarte a que escribas un wasap. Hemos de seguir en contacto, aunque sea con cortitas y ligeras frases, sin más filosofías ni teologías. ¿Vale?»

Nota final. El silencio de la ausencia

«No he recibido ningún email más de mi querida alumna y fiel lectora, ni mensaje, ni wasap, ni tampoco llamada telefónica de su madre o de su padre. De nadie. **Durante cinco meses he esperado con desasosiego alguna señal de su familia en el correo electrónico o en el móvil. Nada. Nada ha llegado.** La comunicación ha concluido de modo brusco. Silencio total. Desazón cotidiana. La inquietud permanece en mi interior. Conmoción. Extraño todo. **No sé siquiera cómo llegó a ella el último aliento. Si murió en su casa, arrojada por sus padres, o arrinconada, entre tubos y aparatos, en una habitación del hospital.** Aún hoy, varios meses después de suplicarle a Nuria que contactara conmigo, siento pesadumbre. También tristeza.

Mantengo algo de esperanza en **que su final haya sido como ella deseó: sereno, sosegado, sin miedo, apacible, con la cercanía de una sigilosa Presencia...**»

Epílogo. Las palabras quedan

«Han pasado unos ocho años desde que recibí el primer correo de mi exalumna. En plena pandemia de la covid-19, enclaustrado en el hogar con Clara durante la primavera del 2020, me dediqué a recuperar la totalidad de nuestra correspondencia. Las palabras habían permanecido intactas, al igual que su recuerdo. **Tomé la decisión de ordenar, no sin aflicción, aquellos mensajes y concluir, con tensión intelectual, la redacción de esta obra de rasgos un tanto inusitados**, encabezada por una expresión que la propia Nuria usó para manifestar la angustia sobrevenida ante el mal que padecía.

He de reconocer que estas cartas han significado para mí mucho más de lo que fui consciente durante el largo periodo de su gestación: una **conmoción interior que trasciende lo intelectual.**»

«Comprobar que las palabras que pronuncié ante tantos rostros juveniles y atentos pudieron servir para que una estudiante recibiera años después un poco de luz, en medio de las tinieblas de su existencia, me conforta hoy hasta tal grado que he de reconocerlo: **merece la pena enseñar, transmitir conocimientos y, sobre todo, actitudes morales ante la vida** (en mi caso, por la temática de la asignatura, también ante la muerte).»

«Muy emocionante resulta todavía el hecho de que una alumna, herida en su cuerpo por una grave enfermedad, decidiese, con temor y temblor, más de una década después de habernos conocido en el aula, escribir un correo a su antiguo profesor, **suplicando de él comprensión y ayuda** para encarar una situación vital ante la cual se sentía tan impotente como desolada. He podido confirmar, gracias a ella, lo que siempre he reivindicado en las clases y en mis escritos: **la filosofía, además de una disciplina académica, puede convertirse en un auxilio real para sostener la vida y dar sentido a la muerte.**»

«Lo que Nuria me había pedido — que escribiera algún día para ayudar a otros a encontrar sentido cuando la oscuridad envuelve— coincidía plenamente con lo que Eduardo Infante y yo defendemos con pasión: que la filosofía, lejos de ser una abstracción inerte o una autoayuda banal, puede y debe convertirse en una fuente de sabiduría accesible, encarnada, apropiada para afrontar las preguntas esenciales de la vida. Comprendí entonces que no debía seguir aplazando el desafío. **Era hora de compartir aquella experiencia íntima, sincera, inesperadamente luminosa.**»

«**Nuria no buscaba certezas, sino compañía lúcida**; no consuelo fácil, sino alguien que le ayudara a mirar de frente el abismo... y a descubrir en él, contra todo pronóstico, el sentido de la vida y de la muerte.»

Ariel

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Erica Aspas | RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO

689 77 19 80 | easpas@planeta.es